



Evolución de las instalaciones avícolas

- José A. Castelló
- Director de la Real Escuela de Avicultura
-
-

Proponiéndonos revisar la evolución que han tenido en España las instalaciones avícolas en los últimos 100 años, vamos a enfocar el tema de forma cronológica partiendo de la situación a fin de siglo pasado. Pero teniendo en cuenta la evolución de los sistemas de manejo de las aves, que involucran tanto al alojamiento en si como al equipo o utillaje de la granja, el examen lo realizaremos conjuntamente para ambas cosas.

Fin del siglo XIX y comienzos del XX

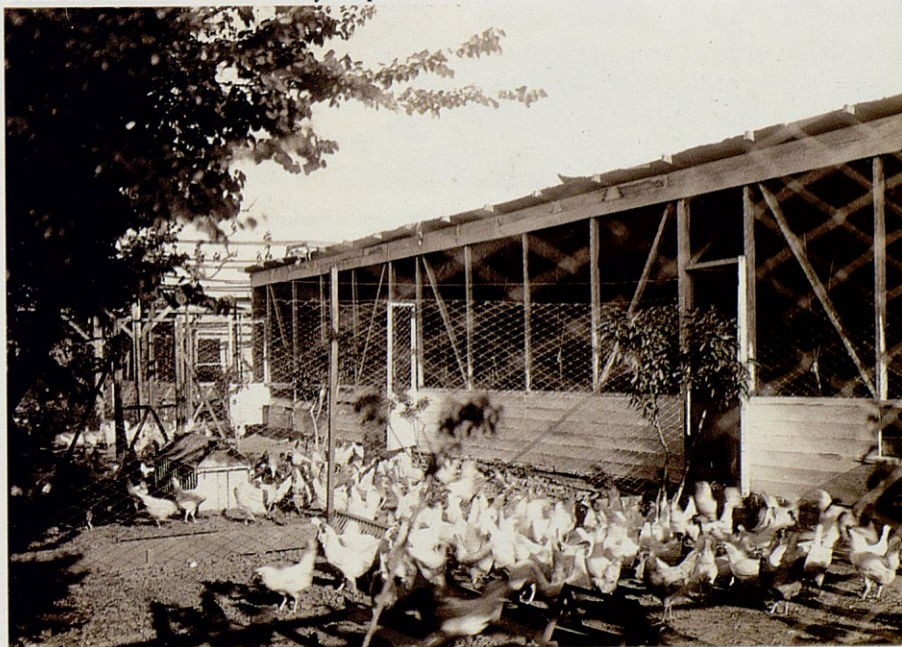
Un primer hecho a destacar de la avicultura de fin de siglo pasado es que no se dispone de ningún tipo de censos o estadísticas acerca del número de granjas o de avicultores. Sin embargo, por los escasos datos publicados en la pionera de las revistas avícolas en castellano, «La Avicultura Práctica», vemos que en 1903, recién fundada la Asociación Nacional de Avicultores, entre sus 37 socios se contaban nada menos que 8 títulos nobiliarios, describiéndose con gran alarde literario, pero pocos detalles técnicos, los gallineros que, como complemento de otras actividades agrícolas, habían instalado en sus fincas.

Como puede suponerse, las cifras de aves en las granjas eran bajas, sirviendo de ejemplo las 500 gallinas que se explotaban en la finca «El Remei», de Lleida, en un régimen de semi-libertad, con salida durante el día a una plantación de alfalfa en la que las aves completaban su alimentación con las orugas que hallaban en el suelo... La existencia de este parque era considerada prácticamente necesaria en todas las granjas, tanto para ahorrar en alimentación como para que las aves se “fortale-

ciesen” gracias a los efectos de la luz solar y de gozar plenamente de la naturaleza, en una época en la que todavía se estaba muy lejos de la utilización de las vitaminas en las raciones.

La confección de éstas era, también, tan curiosa como rudimentaria, obviando entrar en detalle sobre ello para no alargarnos en exceso. Sin embargo, a efectos del utillaje de que disponían las granjas, recordemos las cortadoras de alfalfa, las germinadoras de avena, las calderas para cocer las mezclas de salvados y desperdi-

deseaban prescindir de sus cluecas -entonces muy abundantes en los gallineros, por no haberse iniciado todavía la selección para eliminar este carácter-. En la misma ciudad de Barcelona operaban varias, destacando entre ellas la de Martí Codolar, en Horta, que en la sola temporada de 1900 produjo 35.000 pollitos, cifra muy considerable para aquella época en la que Salvador Castelló recomendaba incubar preferentemente entre los meses de diciembre a mayo y no en otras épocas del año. La calefacción de las incubadoras



Parque de un típico gallinero de los años veinte.

cios domésticos, etc. Estas últimas, incidentalmente, iban a durar casi medio siglo, recordándonos nosotros, de jóvenes, en los años cuarenta.

Al lado de este empirismo, llama la atención la proliferación de salas de incubación, bien propias o bien operando a comisión con los huevos de aquellos granjeros que

-de tipo plano, es decir, con todos los huevos a un solo nivel-, con agua caliente, a carbón, etc.

De todas formas, ya se iban dictando algunas normas de manejo no muy diferentes de lo que ahora se vuelve a practicar en las granjas con yacija. Por ejemplo, de las recomendaciones de la Real

